

Rusia y América Latina: de la unidad de los contrarios.

Pavlova Elena.

Cita:

Pavlova Elena (2010). *Rusia y América Latina: de la unidad de los contrarios*. V Congreso Latinoamericano de Ciencia Política. Asociación Latinoamericana de Ciencia Política, Buenos Aires.

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-036/152>

Rusia y América Latina: de la unidad de los contrarios

Elena Pavlova

La politología comparativa no es una cosa muy remuneradora. Siempre habrá algún hecho o alguna circunstancia que pongan en duda el resultado conseguido y hagan pensar en una conveniencia mayor de la adhocricidad. Sin embargo, en la investigación de las relaciones internacionales, tenemos que recurrir a la comparatividad pues la construcción de la estrategia política de un estado en relación a otro siempre debe producirse tomando en consideración las semejanzas y las diferencias existentes tanto a nivel del discurso de la política exterior, como de la interior. Son estos puntos de contacto o de bifurcación que nos permiten encontrar la línea óptima para armonizar las comunicaciones interestatales.

La actividad del Ministerio de Asuntos Extranjeros y de otros organismos estatales de la Federación Rusa nos hacen fijarnos cada vez más en América Latina. Es allí, evidentemente, donde buscamos apoyo para las ambiciones rusas en la política exterior así como aliados en nuestra penosa lucha por un mundo multipolar en el que Rusia ocupe una de las posiciones de líder. Y cabe decir que tenemos éxitos considerables en este dominio aunque lo que predomina es una actitud cautelosa hacia la Federación Rusa y sus proyectos (como ejemplo, puede mencionarse el hecho de que sólo unos pocos países del ALBA hayan reconocido la independencia de Osetia del Sur y Abjasia).

¿En qué consisten las semejanzas y las diferencias en formar el discurso político en Rusia y los estados latinoamericanos? Opinamos que cierto análisis de sus componentes podría facilitar de manera significativa las tareas diplomáticas.

Semejanza pero no Unidad

No puede decirse que el objetivo que acabamos de formular sea novador. Cabe destacar que tras el éxito y el reconocimiento del trabajo de Adam Przeworski “Democracia y el mercado” en la ciencia política rusa ha aparecido toda una serie de trabajos de carácter comparativo en los que Rusia se ha comparado en el ámbito de la transitología con los estados de América Latina. Y es que la paleta de opiniones ha sido extremadamente amplia – desde la idea de que “Rusia necesita a un Pinochet suyo” hasta proyectar la concepción de la democracia delegativa de Guillermo O’Donnell a la realidad rusa. ¿Por qué ha sido tan fácil realizar estas comparaciones? Hay que destacar enseguida que las semejanzas en la formación de la idea del estado y la nación entre Rusia y Latinoamérica son casi inexistentes. Si Rusia es una ex-metrópoli y centro del imperio, los estados latinoamericanos son ex-colonias en las que el complejo colonial todavía no se ha aireado. Hablando de la composición étnica, se puede subrayar la polietnicidad de los estados en cuestión, pero en este caso también se necesita mencionar la existencia de la idea de “la etnia rusa como etnia clave”, mientras que en América Latina los problemas de la identidad se resolvían de maneras distintas, pero no recurriendo jamás a la idea de una etnia clave. Podríamos seguir con ejemplos, pero, aun así, la cuestión de qué es lo que explica el éxito de la comparatividad en este caso continúa sin respuesta.

La atención en el trabajo de O’Donnell se centra en torno a la persona del presidente a quien se le delegan los poderes de implantar la democracia figurando aquí el líder del país como un soberano capaz de llevar el estado o a una democracia liberal o a un régimen autoritario, y es la última opción que el autor ve como la más viable pues son los métodos de realizar las reformas lo que determina el fondo de las mismas. Es exactamente esta atención a la figura del líder lo que hace la idea propuesta por el autor tan interesante y popular en Rusia. Como ejemplo, citemos las palabras del politólogo ruso Nikolái Petrov quien en su entrevista para la revista “Reserva intangible” dio la siguiente respuesta sobre el sistema político de Rusia después de las reformas putinistas:

“Cuando hablamos de Rusia, puedo decir que los terminos que reflejan mejor su sistema político son “democracia delegativa” de Guillermo O’Donnell o “monarquía electiva” de Lilia Tchevzova

Es curioso que continuando su respuesta N. Petrov hable de la improductividad de comparar Rusia y América Latina, aunque, en nuestra opinión, es sintomática la mención de la democracia delegativa. El régimen político se determina para Rusia por la actitud del presidente y es esta atención a la imagen del líder que sirve del punto en el que se encuentran Rusia y América Latina.

De los que se interesan por la política de América Latina no hay quien ignore tales conceptos como el caciquismo o el caudillismo al igual que entre los que se interesan por la política rusa no hay quien no haya oído hablar de una “mano firme” del líder para ponerlo todo en orden. Ni los rusos, ni los latinoamericanos intentamos encontrar una explicación racional de nuestros problemas, confiamos en el líder y le conferimos todas las plenipotencias para que él nos salve de todos los males. De tal modo, intentamos endosar la responsabilidad por lo que ocurre en nuestros países sobre los hombros del líder lo cual conduce a una manera peculiar de reflexionar sobre los temas políticos. Comentamos mucho menos las oportunidades políticas criticando apenas a las personas que están al timón del poder, siendo incluso tales críticas en la Rusia de hoy un fenómeno marginal. Ni Rusia, ni América Latina han conocido el período de la Ilustración en su variante clásica donde la razón es la autoridad máxima y donde se presta mucha atención a los derechos y las libertades individuales del hombre. Por eso mismo, los procesos de la democratización según el modelo neoliberal, inherentes para la experiencia histórica de Europa y Estados Unidos (proviendo la mayoría de los estadounidenses de hoy de los países de Europa Occidental), toman en nuestro caso una forma completamente distinta. Naturalmente, se puede decir que la Ilustración no fue un fenómeno local, sino propio de la historia mundial, no obstante, desde nuestro punto de vista, se necesita reconocer las particularidades obtenidas por ese proyecto en diferentes regiones. Así, en América Latina se reconoce el hecho de que “el moderno europeo” y “el moderno latinoamericano” sean fenómenos diferentes, siendo la versión latinoamericana más bien un cierto híbrido de la reconsideración de la trayectoria europea de la Ilustración. En Rusia la Ilustración era desde el inicio una serie de adaptaciones que pasaron a convertirse en la idea de que “Rusia es un puente entre Europa y Asia” y más tarde se dividieron en dos ramas – el eslavofilismo y el occidentalismo. Las ondas de la Ilustración que hallaban sus reflexiones en la polémica de la élite intelectual rusa se orientaban más bien a la búsqueda de cierta metamorfosis radical de la sociedad y los esfuerzos de los ilustradores rusos se oponían mayoritariamente a la “civilización mundial por la cual ellos mismos habían sido engendrados”.

De tal modo, las polémicas político-científicas en América Latina y Rusia no tanto generaban una palabra nueva en el ámbito de la Ilustración, cuanto adaptaban sus categorías para el carácter específico local. Es por esta razón que las ideas de la democracia liberal se perciben tanto en Rusia, como en América Latina de manera distinta, y en eso somos parecidos. Claro que aquí puede haber objeciones diciendo que tal semejanza puede encontrarse también entre Rusia y Asia, o África, etc., pero esto no servirá de un punto de aproximación igual porque tanto en Rusia es fuerte la idea de la europeidad de nuestro discurso, como en América Latina, debido a la emigración, algunos países se creen herederos inmediatos de las tradiciones europeas, por ejemplo, Chile o Argentina. Como resultado de esta bipartición (racionalidad versus cultos locales del líder), aparece un modelo interesantísimo según la cual en su aspiración a la forma de gobierno democrática que se percibe como racional, se hace una prioridad de la rama ejecutiva del poder que se convierte en la única responsable por los procesos políticos en el país. Hablando de eso, cabe subrayar que no criticamos los procesos de democratización que tienen lugar en la Federación Rusa y en América Latina porque estamos de acuerdo con la opinión de Ch. Mouff quien, como R. Rorti, afirma que “no se trata de la racionalidad, sino de las convicciones compartidas por todos” y, por consiguiente, nuestras divergencias en entender el discurso democrático con las interpretaciones del Occidente no ponen en duda su carácter verdadero local. En la definición del concepto de la “democracia” entre los discursos políticos

latinoamericano y ruso existe una serie de discrepancias fundamentales, sobre todo en relación a la idea del “bien común” para el cual se realizan los cambios democráticos. Para Rusia este bien común consiste en la “libertad”, mientras que para América Latina en la “igualdad y justicia social”, pero en nuestro trabajo no nos fijaremos en esta cuestión, sino que volveremos a la semejanza instrumental que consiste en el culto del líder como persona responsable por el tránsito democrático.

A primera vista, en Rusia y en América Latina se está produciendo una situación próxima a las ideas de Karl Schmitt, sobre todo a la concepción del decisionismo que supone la posibilidad de delegar al líder de estado las plenipotencias ilimitadas en la esfera de tomar decisiones en las situaciones exclusivas, o sea la “toma de la decisión” se considera como elemento constituyente del líder. Sin embargo, si miramos la situación de manera más atenta, se hace obvio que no todo es tan fácil.

En América Latina hay una serie de autores que desarrollan la concepción del decisionismo en la perspectiva comparativa entre Rusia y América Latina. Por ejemplo, es muy interesante el trabajo de Fabián Bosoer “Macchiavelli, Schmitt, Gramsci y el decisionismo” en donde se dibujan paralelos entre el presidente peruano Alberto Fujimori y el presidente ruso Boris Yeltsin. El carácter específico del decisionismo moderno, según Bosoer, no se determina por la capacidad de “tomar una decisión en las situaciones de crisis” sino por el hecho de que el decisionismo se esté convirtiendo en una doctrina filosófico-jurídica orientada al modelo estatal nuevo. Cabe decir que todos los argumentos en este trabajo suenan bien fundados pero las cosas van cambiando y ahora es poco probable que deseemos comparar el estilo de administrar el estado de Yeltsin con el de Putin. El decisionismo o, según lo llama Bosoer, el neodecisionismo ha sufrido, en nuestro caso, una evolución muy profunda habiéndose conservado en el discurso de la política exterior pero habiéndose modificado en el de la política interior.

Federación Rusa: “conservatismo modernizador” en acción

No es un secreto para nadie que una de las prioridades de la política exterior de Rusia en la etapa actual es la rehabilitación de su posición en la arena mundial y la consecución del reconocimiento de su liderazgo en la región. No obstante, la élite política no tiene muchos recursos para alcanzar este objetivo y bien se entiende por qué el decisionismo con su modelo simple y claro se ha aclimatado así en nuestra política exterior. De ejemplo aquí pueden servir los acontecimientos producidos en Abjasia y Osetia del Sur en los que Rusia participó activamente al declarar su competencia en tomar decisiones y actuar de manera independiente en una situación de emergencia consolidando de tal modo sus poderes de líder. Como otro ejemplo, menos conocido, pero no menos importante puede servir reacción muy escéptica de Rusia a la Política Europea de Vecinidad. En lo que se refiere a la política interior, aquí las cosas son completamente distintas. Parece que la hora de producir cambios profundos se ha quedado en el pasado y la tarea actual más importante es la de conservar el status quo existente. El decisionismo de las élites políticas rusas consiste en las decisiones y acciones cuyo objetivo es la mera acción política que se encarna en la inactividad, por paradójico que parezca. La concepción del decisionismo de Schmitt se orienta, en primer lugar, al futuro mientras que el decisionismo de la política interior rusa se propone mantener el orden existente. El decisionismo aparece aquí en una forma nueva – la de la inactividad política. “La inactividad, según escribe Giorgio Agamben, es la sustancia política del Occidente, la Gloria que nutre cualquier poder”. O sea, el poder verdadero no se revela en la acción, sino en la ausencia de la misma; el líder verdadero no hace nada, pero todos reconocen su poder indiscutible y es en ello que se revela su poder. Nos parece que para Rusia es necesario corregir esta tesis: el líder reconocido por todos es el que ejerce la actividad cuyo objetivo consiste en la actividad misma como elemento constituyente del líder, es decir, una actividad que no tenga ningún otro objetivo además de su autorrealización. Como el ejemplo más característico de tal actividad-inactividad podemos recordar el famoso viaje de Putin a Pikalevo cuando los problemas resueltos por el presidente del gobierno

volvieron a aparecer pocos meses después. Se entendía desde el inicio que era imposible resolver los problemas sociales y económicos muy complejos de la ciudad con un orden claro de ayudar a todos, pero el entusiasmo con el que los rusos miraron esa acción no debería ser infravalorado. De tal modo, podemos resumir que, conservado casi en su interpretación original de Schmitt, el modelo del decisionismo sigue manteniéndose en el discurso de la política exterior rusa mientras que el discurso de la política interior, basándose en la idea de conservar el estado actual de las cosas, se apoya más bien en el modelo que combina en sí características del decisionismo y de la inactividad política – el modelo en el que el líder conserva su poder tomando decisiones y realizando acciones que no llevan a ningún lugar.

Sin embargo, a pesar de una semejanza tan obvia del modelo entre el decisionismo y el modelo de gobernar nuestro estado, el decisionismo no está en el centro de atención de la polémica científica y política y son muy raras las apelaciones a esta concepción de Schmitt. El único trabajo que dibuja paralelos entre la actualidad rusa y el decisionismo que hemos logrado encontrar es el trabajo más que discutible de A. Duguin “Karl Schmitt: cinco lecciones para Rusia” cuyo valor científico sufre bastante de sus emociones exageradas.

Esto está relacionado, indudablemente, no sólo con las ideas de autoritarismo sino que también con el carácter conservador de la filosofía de Schmitt, lo que hace que las referencias a sus trabajos no sean muy cómodas en el contexto de la coyuntura política rusa actual (porque el conservatismo en Rusia hoy día cubre el “velo de la ignorancia” del nombre de la modernización). Al mismo tiempo, a veces parece que los ideólogos mismos no tienen muy claro qué es el conservatismo.

El conservatismo ruso – es conservatismo abierto. Listo para discutir – tanto entre los miembros del partido, como entre los miembros del partido y los oponentes. Conservatismo que está pronto de asimilar las ideas nuevas que significa garantizar la modernización del país. El conservatismo ruso es la ideología que conduce adelante, no atrás.

Estas palabras del presidente del Consejo Supremo del partido político “Rusia Unida”, presidente de la Duma Estatal Boris Gryzlov en el XI congreso del partido nos hacen pensar que tras la democracia soberana hemos logrado desarrollar una ideología conservadora nueva cuyo conservatismo consiste en implantar ideas nuevas, un cierto “conservatismo modernizacional”. Es decir, la ideología profundamente orientada a la conservación del orden existente y a su retorno se la declara ideología de la acción – una acción orientada al progreso. ¿Con qué objetivo? Opinamos que ahora cuando es tan grande la nostalgia por el pasado soviético, las élites políticas consideran necesario deducir una fórmula ideológica propia y, como la paleta de ofertas está bien limitada, el discurso político resulta enriquecido por oxímorones semejantes.

Para comprobar nuestra visión, citemos otro ejemplo espectacular del trabajo ideológico del partido “Rusia Unida” – la opinión del vice-secretario del Presidio del Consejo General de la “Rusia Unida”, jefe del comité de la Duma por el trabajo y la política social Isayev:

Finalmente, los matices semánticos de las nociones son muy importantes para Rusia como un país “altamente ideológico”. No tenemos la lucha por la aumento del salario por 6,7 %, nosotros luchamos por la justicia espacial, por la justa orden del mundo¹.

Así que tenemos un país “altamente ideológico”, un país de “conservadores dispuestos a percibir ideas nuevas” en la lucha por la “justicia espacial” y, si pensamos bien, un país donde los discursos de los funcionarios-líderes de los partidos se pronuncian apenas para declarar los mismos pues los discursos como tales no tienen sentido. Desaparece incluso el núcleo racional. Sin embargo, según subraya Giorgio Agamben, la racionalidad no es un elemento obligatorio, aun más, para un verdadero poder inactivo es esta vacilación entre “sí;” y “no”, entre la aceptar y denegar, entre la decisión y la no-decisión que se presenta como característica del poder - un poder que no admite reflexión alguna en relación a su legitimidad.

¹ <http://edinros.er.ru/er/text.shtml?12/6432,100056>

América Latina: ¿vecinos o parientes?

Volvamos al segundo caso de nuestra investigación – América Latina. Naturalmente, no podremos estudiar a fondo el carácter específico de cada país de la región, pero como no nos hemos propuesto dicha tarea, nos permitiremos cierta generalización. Como, basándonos en las ideas del constructivismo, vemos las naciones como “comunidades imaginarias”, no hay ningún motivo para no poder hablar de la misma “comunidad imaginaria” de toda América Latina. Hoy en día los estados son considerablemente diferentes uno de otro por el carácter específico de la gestión de estado, el nivel del desarrollo económico, la variedad de sus estrategias de política exterior, no obstante, todos estos estados comparten su pasado colonial, los fundamentos de la formación de estado, la polietnicidad, así como – lo más importante desde nuestro punto de vista – una visión común del componente ético del estado – concepto de la justicia social y la igualdad como el bien principal del pueblo.

Desgraciadamente, la asociación más frecuente que tienen los politólogos al mencionar América Latina es el populismo. Pronunciamos este término como una especie de diagnóstico para la mayoría de los gobiernos de dicha región, aunque sin pensar a menudo en lo que comprende esta categoría, sin embargo no es nada fácil darle una definición exacta lo que demuestra en su trabajo “La razón populista” E. Laclau. Laclau determina el populismo a través de la estructura del discurso político en donde la totalización de la experiencia política se produce en las condiciones de la articulación activa de la idea del “pueblo” como sujeto principal de la acción. Es esta misma “articulación activa de la idea del “pueblo” la que hace a muchos políticos e investigadores determinar los regímenes políticos de Latinoamérica como populistas. ¿En qué se expresa aquí el carácter específico del discurso político? En primer lugar, la indudable dificultad en formular la idea de la identidad nacional en los países de la región conduce cada vez más a la necesidad de apelar no tanto a la etnia o nación, cuanto a un sujeto político nuevo que va acumulando sus características principales en la polémica y los eslóganes de las élites políticas. Así, por ejemplo, en Venezuela la unidad política se le atribuye a un determinado “bravo pueblo”, mientras que en Bolivia el pueblo son “pueblos y naciones indígenas originarias”. En ambos casos, la unidad en la acción, la resistencia a la opresión capitalista y a la globalización injusta es lo que crea un sujeto político nuevo. Al mismo tiempo, aquí ya las definiciones mismas hacen evidente el papel de un líder que conduzca al pueblo por el camino de la lucha. En segundo lugar, otra característica importante del discurso ya mencionada es el concepto de la justicia social y la igualdad como bien del pueblo nos lleva a analizar la segunda parte de la definición del populismo, es decir, acciones activas. Obviamente, la “libertad” como un bien puede ser prestada o puede crearse la sensación de tener dicha libertad, mientras que “la justicia social y la igualdad” requieren una actividad permanente e incesante o una sensación de esta actividad. La nacionalización de las empresas petroleras y de gas, los escándalos constantes en la arena internacional, las declaraciones rigurosas y hasta groseras de los jefes de estado crean la sensación de una lucha permanente, una especie de “revolución permanente”. Esta actividad en algunos países, tales como Bolivia o Venezuela, atrae una atención exagerada, en primer lugar, de la parte de sus vecinos del mismo continente. Al mismo tiempo, lo que fuera de América Latina se ve sólo como populismo, en la región a menudo se percibe de una manera completamente distinta. La actividad cada vez más pronunciada de Chávez, Morales y otros conduce a una reevaluación considerable de las propias élites políticas y, simultáneamente, en las élites políticas de los países que generalmente se adhieren al neoliberalismo empiezan a aparecer las personalidades como Henríquez-Ominami (Chile) o López-Obrador (México). Los problemas planteados por Chávez o Morales, tales como la pobreza o la desigualdad social, son propios de todo el continente y es natural que los gobiernos de otros países deban actuar del mismo modo. ¿Pero cómo han de competir en este campo con Venezuela o Bolivia? La población comienza a tener la sensación de falsificación, y es esta falsificación de la actividad de crear una sociedad justa e igual la que se convierte en el

punto principal de cualesquiera críticas de las élites políticas en América Latina. Lo que es más, en la política y la politología de América Latina existe un termino especial – “gatopardismo”. (Gatopardismo – idea adoptada de la obra de Tomasi di Lampedusa “Gattopardo” que puede ser caracterizada por la siguiente sentencia: cambiar algo para que nada cambie). Con todo, los que más problemas tienen en este dominio son los países desarrollados, tales como Chile, Argentina y México pues son las élites políticas de estos países las que son acusadas lo más frecuentemente de la inactividad o – lo que es prácticamente lo mismo – del gatopardismo. Por ejemplo, una cita del mensaje al electorado del presidente actual chileno, Sebastián Piñera:

El cambio al que aspiramos va mucho más allá del reemplazo en el Gobierno de un grupo político por otro y que todo siga igual, como en «El Gatopardo» de Lampedusa. Postulamos cambiar de verdad la forma de gobernar Chile².

Un llamamiento así no es raro en América Latina, pero el hecho de que ya recurran a él los líderes derechistas, tales como Piñera, no deja de preocupar a los neoliberales latinoamericanos que insisten en subrayar que el gatopardismo tiene mucho más en común con la política populista de los izquierdistas que con las reformas neoliberales. Esta es una cita del escritor y hombre público argentino famoso Aguinis:

Ningún gobierno populista ha determinado un progreso sostenido, ni ha consolidado la institucionalidad democrática ni ha favorecido la maduración social. Por el contrario, hace los ruidos que anuncian cambios sísmicos, pero poco o nada profundo cambian, a no ser para peor. Las políticas populistas son la expresión más elocuente del gatopardismo³.

En esta afirmación la coincidencia principal entre los términos de “gatopardismo” y “populismo” es la inactividad de la cual suelen ser acusadas las élites políticas y es una inactividad especial que consiste en la falsificación de la actividad, en un decisionismo que no lleva a ningún lugar. Sin embargo, es mucho más fácil reprochar los gobiernos moderados de Chile y Argentina de “gatopardismo” que encontrar índices de inactividad en las fervientes reformas de Hugo Chávez por lo cual las críticas no se centrarán en los radicales izquierdistas.

Según la opinión de muchos chilenos, argentinos y mexicanos, son sus respectivas autoridades las que conducen una actividad política fuerte que, a primera vista, prevé cambios importantes, pero en realidad sólo lleva a unos cambios insignificantes que son capaces de satisfacer a los descontentos para poco tiempo sin provocar reformas más profundas. De tal modo, el gatopardismo latinoamericano se parece tanto al decisionismo de Schmidt, como a la inactividad de Agamben.

Así, el discurso político de los países latinoamericanos ofrece un lugar importante a los siguientes conceptos: populismo – decisionismo – gatopardismo como modelos de actividad política inactiva de por sí, dependiendo el éxito de los políticos, en primer lugar, de su capacidad de elegir de manera adecuada el modo de articular los objetivos políticos lo que hace posible que se mantengan sus cargos oficiales. Es por eso que perdió las elecciones la coalición de Concentración en Chile y es por ello mismo que Chávez lleva tanto tiempo en su cargo. Hay que destacar que un papel especial en este esquema lo desempeña la intercomunicación entre los países de la región donde la idea de una identidad latinoamericana común confiere una importancia especial a los procesos que tienen lugar en los estados vecinos. Las normas éticas comunes de la región que son la justicia social y la igualdad permiten evaluar las acciones de las élites políticas locales a través del prisma de los intereses comunes y tales comparaciones no siempre resultan a favor de las autoridades locales.

Conclusión

Entonces, ¿en qué consisten las semejanzas y en qué las diferencias? Antes de todo, volveremos a subrayar una semejanza – la ausencia de la Ilustración clásica basada en la idea de lo racional,

² <http://pinera2010.cl/programa-de-gobierno/una-nueva-forma-de-gobernar/>

³ <http://www.letraslibres.com/index.php?art=10283>

lo que es importante tanto para Rusia que se considera un país europeo, tanto para América Latina donde la formación de estados se produjo bajo la influencia europea. Tanto en Rusia, como en América Latina, el progreso político se asocia, en primer lugar, con los determinados políticos, con los líderes y jefes y con la racionalidad de su actividad y no con las ideas de un uso más racional de todo tipo de recursos políticos. De ahí surge la siguiente semejanza próxima a la concepción de Schmidt – el decisionismo. Es exactamente la acción en situaciones de emergencia – no percibiéndose se el tránsito democrático de otra manera – que forma al líder. Sin embargo, aparece aquí un primer punto de bifurcación – no tanto en relación a la comparación de Rusia y América Latina en general, cuanto en relación a la trayectoria del desarrollo de los países latinoamericanos. Una parte de éstos acepta la concepción de Schmidt formándose el discurso político en torno a la figura del líder, como, por ejemplo, los regímenes de Castro o Chávez en los que se explota constantemente la idea de una situación política de emergencia, sea a escala regional, sea a escala mundial. Otra parte de estados, así como Rusia también se acerca a una forma nueva de decisionismo – neoliberal – donde la acción política comienza a reemplazarse por la decisión política lo que crea una forma especial del decisionismo que está más cerca de las concepciones de Agamben que a las de Schmitt – un decisionismo que se apoya en la decisión política en provecho de la decisión como tal en el contexto de una inactividad completa. Así es la situación en Rusia, y así es en Chile, México y Argentina. Pero aquí las semejanzas se agotan pues es sólo en América Latina o, más exactamente, en los países arriba citados, donde aparece el término político como gatopardismo – acusación de la actividad tan sólo por la actividad, o sea, la inactividad. ¿Por qué resulta así? ¿Por qué en Rusia no existen tales concepciones? En nuestra opinión, la respuesta reside en la cuestión de la identidad. La identidad rusa hoy día se está formando en las condiciones de la contraposición a otros países y otras naciones. Todas las normas y finalidades que sirven de base para la articulación del discurso político se consideran como originales, estrechamente ligadas sólo a la cultura e historia rusas. Eso no significa que en el discurso ruso no haya lugar para la idea de lo universal, pero lo universal aquí es secundario en relación a lo local. Rusia no compara con nadie sus objetivos políticos, ni sus medios políticos de lo que resulta que las únicas críticas de los procesos que se consideran como aceptables son locales, mientras que la identidad latinoamericana es un proyecto regional común que se basa en las normas y finalidades comunes lo que permite evaluar tanto la política exterior como la interior no sólo desde el punto de vista de los fracasos de sus respectivos gobiernos sino que también en función de los éxitos de sus vecinos del continente. Las acciones radicales de los líderes boliviano y venezolano, tanto en la política interior, como en la exterior, hacen a los chilenos, mexicanos y argentinos pensar seriamente en si la política de inactividad es correcta o no. Es decir, utilizando las palabras del filósofo-posmarxista Žižek, los hacen comprender que “la actividad de esa índole es un perfecto ejemplo de interpasividad: haciendo algo, no alcanzar su objetivo sino prevenir eventos verdaderos y cambios reales”. Esta actividad nos asemeja con algunos países latinoamericanos, pero somos muy distintos en el modo de reflexionar sobre esta actividad.